

## CÓMO SER FELIZ Y NO MORIR EN EL INTENTO

**AUTOR DEL ARTÍCULO:** TOMÁS MORALES CAÑEDO

**PROCEDENCIA:** UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

**GÉNERO DEL ARTÍCULO:** CONFERENCIA

“Como dice Aristóteles, cosa es verdadera el hombre por dos cosas trabaja: la primera por haber “mantenencia”; la otra cosa era por haber “juntamiento con hembra placentera””.

Hace poco más de un siglo la esperanza de vida en Europa (salvo las raras excepciones) era de unos 30 años. Poco más o menos como lo es, hoy día, en muchos países africanos.

En esos 30 años de vida al hombre le da/le daba tiempo de:

- 1.- Trabajar para comer y, así sobrevivir, (la “mantenencia” aristotélica) y
- 2.- Reproducirse (el “juntamiento con hembra placentera”).

En el siglo XIX nos hablaba Hegel (un gran filósofo) de la “astucia de la razón”.

Decía él que lo que ocurre en la sociedad, a lo largo de los tiempos, no son “casualidades” sino “causalidades”.

La razón lo tiene todo controlado para que, a su tiempo, surja un Napoleón o un Newton. Y el hecho de que nosotros no nos demos cuenta no quiere decir que no sea así.

Lo que vemos, lo que se manifiesta, lo patente, es sólo una pequeña parte de lo que hay.

La punta del iceberg lo que nos está diciendo es que bajo el agua está el 90%. Si alguien no sabe leerlo, es su responsabilidad, no la del iceberg. Éste tiene y habla su propio lenguaje, si alguien no lo conoce o no lo maneja...

De la misma manera obra la naturaleza (la humana, en este caso). Ella pone en marcha su estratagema, usa sus estrategias:

1.- El placer de comer (y así se consigue que el viviente no muera de hambre, que siga viviendo, la supervivencia) y

2.- El placer del sexo (consiguiendo, así, la continuidad de la especie).

¿Os imagináis que tanto comer, beber, descansar,... como la actividad sexual, conllevará dolor? Tanto los individuos como la especie humana se extinguirían.

La podemos llamar “astucia de la naturaleza”.

La “sabia naturaleza”, que nos hace creer que somos libres y que hacemos lo que hacemos porque nos da la gana, y no somos conscientes de que somos unos “borreguitos”, que actuamos como unos monigotes, dirigidos por unos hilos invisibles.

El hombre prehistórico y el hombre histórico (hasta hace unos siglos) no tenía futuro. Para ellos el futuro era lo inmediatamente posterior al ahora mismo. Su futuro era su inmediato presente, siempre en peligro de muerte.

No luchaban por o para vivir bien. Sobrevivir era su meta. Y no era poco.

Su vida no es que “estuviera en peligro”, es que “era peligrosa”. Vivían al borde del precipicio de la muerte, al que podían caer por lo más mínimo. La picadura de un escorpión al levantar una piedra, la furia de ese otro animal hambriento o de esa hembra que está criando a su prole y su presencia, tan sólo, es vista como un peligro... El más pequeño descuido, el mínimo error era su muerte segura y también la de su prole.

Una sequía por aquí, una inundación por allá, cualquier peste, cualquier guerra, grande o pequeña, una simple enfermedad,... Y se acabó todo.

El “todo” de su vida era “nada”. Vivía a la intemperie.

El concepto de “felicidad” es ajeno a este tipo de vida. No es poco “sobrevivir” como para, encima, estar pensando en “vivir feliz”. Su premio es el “no morir”, no el “vivir mejor”.

Yo soy un defensor acérrimo de la Razón (de la “Diosa Razón”). Ella nos ha traído (y nos sigue trayendo) progreso. Desde vacunas a cirugía pasando por.... (anoten Uds, la lista de todo lo que nos ha conseguido el desarrollo de la Razón).

Todo ese cocktail “racional” es lo que ha generado, en los países desarrollados, unos 40 años (a nuestro favor), redundantes en términos evolutivos y reproductivos.

Si en los primitivos, los 30 años era el “todo” y el “final” de su vida y de su ciclo reproductor, hoy decimos (y vemos) que hay más de 40 años de vida ajenos, más allá, de la misión reproductiva.

Hemos “cumplido” con la especie y, además, nos sobran 40 años que tenemos por delante. Nosotros sí que tenemos futuro, futuro personal, más allá del futuro específico, que ya hemos dejado sembrado y que está, ya, reproduciéndose.

Tenemos futuro (“somos seres futurizos” –decía un filósofo español no ha mucho fallecido) por delante y debemos “planificarlo” para “plenificarlo”. No sólo para vivir “más” (que también) sino para, sobre todo, vivir “mejor”.

Y nosotros, los mayores, no sólo hemos dejado atrás la “vida reproductiva” sino también la “vida laboral” pero no, nunca, la vida auténtica, la “vida personal”

Ser feliz aquí y ahora, hoy, sí tiene sentido como “pro-yecto”. Nosotros no sólo estamos “yectos” (“echados”) en la vida presente, sino que también nos “pro-yectamos” hacia el futuro.

Sé que, en este momento, muchos lectores estarán pensando en las “barbaridades y atrocidades que nos ha traído la Razón”. Y los comprendo pero no comparto su pesimismo.

Todos sabemos que un cuchillo es un instrumento que puede servir para cortar el pan o la cuerda que te tiene esposado pero también para clavárselo a alguien.

Una cosa es el cuchillo en sí, como instrumento, fruto de la razón y otra muy distinta es el uso que de él se haga.

La razón es un cuchillo, un instrumento. Podemos hacer uso de él/ella de manera beneficiosa o de manera fatal. Pero nunca le echemos la culpa al cuchillo, él nunca es homicida.

Pero justo al lado de esa crema solar, que te protege de los rayos ultravioletas, está el agujero, el descosido, que le hemos hecho/que le estamos haciendo a la capa de ozono.

Justo al lado de ese producto anestésico que impide que el dolor haga acto de presencia en tu cuerpo está la droga mortal.

Junto al hospital está la guerra y las vacunas duermen, pared con pared, con las armas nucleares y químicas....

Todo eso es fruto de la Razón.

Lo que te permite vivir más y mejor duerme en el mismo lecho con lo que te puede matar más de prisa.

Juntos caminan el climatizador y el cambio climático. Juntas van una más y mejor vida y una más pronta muerte.

Ahora que podríamos emprender, jubilosos, el camino de la felicidad. Justo ahora, el miedo, el temor, entorpece el camino, poniéndonos piedras. Parece que no tenemos remedio.

¡La madre que nos parió!

La Razón nos ha abierto/nos sigue abriendo muchos caminos por los que pasear, pero también nos señala los caminos intransitables.

Cuando uno es consciente de que fumando se te atorán los pulmones; que bebiendo demasiado alcohol te regalan, en el lote, sin pedirla, una cirrosis; que hartándote de panceta y de chorizo al infierno el colesterol se te instala como una maldita compañía y quiere (y consigue) obstaculizar las carreteras sanguíneas; que atiborrándote de mantecados y de mazapanes, de tartas, pasteles y turrónes, la glucosa deja de ser dulce y te amarga la vida....

Cuando uno es consciente, con la Razón, de éstos y de otros peligros, uno puede, conscientemente, tomar la decisión de dejarlos aparcados y, así, ir de la mano y en compañía de Doña Salud.

Sabes lo que no debes hacer. Sabes lo que tienes que hacer. Allá tú y tu decisión.

Eres libre.

Pero volvamos a la "mantenencia" y al "juntamiento". Al yo y a la prole. Al individuo y a la especie.

¿Cuánto de tiempo, de esfuerzo, de dinero, de recursos, a cada uno de ellos? ¿Cómo lo hemos invertido y cómo lo estamos invirtiendo? ¿En qué proporción? ¿80/20, 60/40, 50/50, 10/90? Nunca TODO a UNA de las partes, a una carta. Acabaríamos con el yo o acabaríamos con la especie. Y los dos se necesitan. Demasiada inversión en una es correr el riesgo de debacle en la otra.

Energía gastada y consumida en una es energía no disponible para la otra. Y el presupuesto es el que es. Hay lo que hay. A ver, ahora, cómo lo distribuimos.

Cuando apenas se vivían 30 años la naturaleza, con su estrategia, ponía el peso en la balanza del sexo, en la reproducción, para que no desapareciera la especie (a la naturaleza nosotros, los individuos, le importamos un pimiento, a ella igual le da Juana que su hermana, ella lo que busca es que la especie siga). Pero ahora.... hoy.... con 40 años demás, con 40 años más allá de la etapa reproductora o reproductiva, nosotros, con la razón, hemos puesto y seguimos poniéndolo el sexo en el seso. Hacer el amor, sí, pero con la cabeza, no sólo con los genitales (o como me decía un alumno: “Profe, dígallo, follar con el cerebro”). Pues eso.

Aquí nos encontramos nosotros. Con 30 ó 40 años más allá de la reproducción. ¡Vosotros me diréis qué vais a hacer!

Si antes era demasiada la inversión que se hacía en la especie, era a costa de la salud, de la felicidad, del individuo. Uno acababa arruinado, pero como uno acababa, al mismo tiempo.... Y como el niño venía con dos manos para trabajar, siempre llegaba con un pan bajo el brazo.

La felicidad quedaba aplazada para la otra vida, después de la muerte. Además, una vida eterna, no como ésta, temporal y llena de lágrimas. Así que ¡mira tú qué bien!

Pero ahora, que nos hemos secularizado cantidad, por si acaso, queremos empezar ya a disfrutar en esta vida.

“Salud, dinero y amor”, pero aquí abajo, mientras estamos vivos, que quién sabe si después habrá algo o no habrá nada.

Y ahora debería analizar el concepto de felicidad como “fertilidad” (en tantísimos campos: científico, educativo, poético, artístico... pero en esta vida) y felicidad como “bienaventuranza” (fundamentalmente aplazada para la otra vida. “bienaventurados los.... y los.... y los....”).

La felicidad no es una meta del vivir, sino la acompañante de la vida. Ser feliz “mientras”, no ser feliz “cuando”.

Igual que lo fundamental no es tanto la libertad como sentirse libre. Si uno se siente libre es libre. Lo fundamental no es tanto la felicidad como sentirse felices. Si uno se siente feliz, es feliz.

El método, casi infalible, para medir (si es que pudiera medirse) el grado de felicidad de una persona consiste en el experimento de imaginar que le quedan a uno pocos días de vida y comprobar si continuaría haciendo las mismas cosas que estaba haciendo o las dejaría y haría otras distintas.

El algodón no engaña. Si cambia es que no era feliz haciendo lo que hacía. Porque la felicidad no es un ente abstracto que está ahí, esperando que lo cojamos. La felicidad es la acompañante de una actividad. Y como no a todos les gustan las mismas actividades, las felicidades no son idénticas para todos.

Oímos decir: “lo mejor es no saber, para no tener que preocuparse”, porque la preocupación asfixia la felicidad. Y no es verdad.

MARINA, en una entrevista a la pregunta “si la ignorancia da la felicidad” responde, taxativamente, que NO.

“Para ser feliz –dice él- hacen falta TRES elementos: SALUD, SUERTE e INTELIGENCIA, pero sólo la INTELIGENCIA nos permite disfrutar de las otras dos.

Para la Salud es fundamental la Inteligencia, Hay que ser Inteligentes para no perderla y dejarla escapar (si ya se la tiene) o para conseguirla y recuperarla (si se la ha perdido).

Cada vez Sabemos (Inteligencia) más y mejor de los alimentos que debemos ingerir para no espantarla o que debemos tomar para cogerla, acercarla, disfrutarla.

El Ignorante NO sabe cómo hacer ninguna de las dos cosas. El Inteligente SÍ. Por lo tanto la Inteligencia es un requisito para la salud.

Por otra parte la Suerte. Que siempre está a la vuelta de la esquina. Pero hay muchas esquinas y hay que Saber a la vuelta de cuáles puede estar, para hacerse el encontradizo con ella y atraparla y Saber de las esquinas en que seguro-seguro que no puede estar, para esquivarla.

La lotería y las quinielas no le tocan a casi nadie, a muy pocos, pero sólo les toca a quienes juegan. Los que no juegan que no se quejen de que no les toca. Pero los que juegan, que no reclamen, si pierden, porque están jugando. El Inteligente Sabe que la Banca siempre gana.

Además, se puede jugar inteligentemente o estúpidamente. Más aún, se puede jugar a juegos inteligentes y a juegos estúpidos.

¿Qué hacer, ahora que la prole abandonó el nido familiar y tenemos por delante muchos años?, ¿ahora que ya no coinciden la edad fértil, la edad laboral y la edad vital?

¿El “síndrome de nido vacío” para la mujer y el “síndrome de tiempo vacío” para el varón?

NO, ¡por favor!

La búsqueda de la felicidad debe ser ya felicidad, Hay que ser amante de los caminos y olvidadizo de las metas. La meta de la vida es la muerte, a la que llegará aún sin proponérselo, y nadie puede ser su amante.

¿Cuál es esa actividad/actividades felicitante/s para ti? A por ella/s, a ejercitarla/s, a desarrollarla/s.

-“Maestro – le preguntaron a Sócrates – SABER ¿para qué?

-Para OBRAR bien.

-Y Obrar bien, ¿para qué?

-Para SER feliz.”

Ese es, nada más y nada menos, el secreto de la felicidad:

SABER MÁS – OBRAR MEJOR – SER FELIZ.

¿No os dais cuenta, amigos mayores, que somos los privilegiados que podemos hacer que nuestra “vacación” continua, como jubilados, y nuestra “vocación” felicitante vayan agarradas de la mano, que sean compañeras de cama, que nuestro hobby sea hermano siamés de nuestro trabajo lúdico y no oneroso?

*“Hacedme el favor de ser Inteligentes, de Obrar mejor, de Ser felices. O, al menos, inténdenlo”.*